

CASTILLA EN EL SIGLO XV

LUJOS URBANOS

1. *El marco físico: calles y plazas*

En el complejo y fascinante mundo de la ciudad, dos elementos merecen subrayarse por su carácter de ámbitos donde el lujo individual o colectivo tuvo su marco adecuado: calles y plazas.¹ En ellas pudo desplegar todo el colorido y refinamiento de que fue capaz —en estos aspectos— la brillante cuan paradójica sociedad del “Otoño medieval”.²

El nacimiento de la calle fue paralelo al de la ciudad misma; la plaza, en cambio, por su configuración, estructura tipología y funcionalidad resultó ser un derivado de las cambiantes necesidades de la población. Así es como fue cementerio, mercado o centro destinado por sus dimensiones, a la realización de cuanta actividad festiva o de cualquier otra índole tuviese como participantes a los pobladores.³

Era el caso, por ejemplo, de aquellos que deseaban hacer exhibiciones de destreza en el ejercicio y práctica de los deportes de la época, o de los que se afanaban por hacer ostentación de su ascendiente político, apareciendo junto a reyes y prelados, y aún, estos últimos, a veces, hasta para convencerse del fervor popular que despertaba su aparición en público.

Es que desde siempre, una y otra, han sido caja de resonancia de cuantos acontecimientos públicos o privados tuviesen alguna significación para los intereses de la comunidad, directa o indirectamente afectada por ellos.

Los enfrentamientos entre las facciones nobiliarias, con la consiguiente participación de otros elementos sociales en número variable, ligados todos por

1. SEMPERE Y GUARINOS, DON JUAN, “*Historia del lujo*” y *De las leyes surtuarias de España*, Madrid, Imprenta Real (Facsimil), Lope de Vega, 18, 1973, pp. 180 y 181.

2. *Ibidem*, pp. 183 y 184.

3. RODRÍGUEZ PUERTOLAS, Julio, *Poesía de protesta en la Edad Media Castellana*, Madrid, Gredos, 1968, pp. 260-161.

estrechos lazos de clanes, dieron lugar a una exteriorización bulliciosa cuyos escenarios más propicios resultaron ser las calles y las plazas.

Alonso de Palencia, cronista de Enrique IV, mencionaba en Valladolid a: "... aquellos que creyendo conseguir la paz pasándose a Enrique, corrieron a las armas levantando a la plebe, y tumultuariamente fueron aclamándole por calles y plazas..."⁴ y también que: "... En señal de victoria, unos y otros colocaron en lo alto de la plaza de sus villas los estandartes y banderas tomadas al enemigo..."⁵

En Diego de Valera, aludiendo al Infante Don Alfonso luego de la batalla de Olmedo, se lee que: "... las banderas que por su parte fueron tomadas fueron colgadas en la plaza de Olmedo, en señal de la victoria avida por él de su adversario..."⁶

Isabel la Católica, profunda conocedora de la oportunidad y conveniencia de revestir los actos regios de singular importancia de un aparato de cierta espectacularidad el día de su proclamación al trono, según el cronista, "... apareció de repente (la Reina) revestida con riquísimo traje y adornada de resplandecientes joyas de oro y piedras preciosas que realzaban su peregrina hermosura... en un elevado túmulo de madera descubierto por todos lados para que pudiese ser visto por la multitud..."⁷ tumulto que la soberana había ordenado levantar en la plaza de Segovia.

La ciudad de Alcalá de Henares vio erigirse pendones en su plaza, donde su prelado "... a voz de pregón y a toque de trompetas..."⁸ declaró su obediencia a los Reyes Católicos.

Sevilla no le fue en zaga, en plena guerra civil, en su deseo de magnificar el reconocimiento del Infante Don Alfonso como rey de Castilla, ya que: "... se sacó el sagrario de la iglesia, el afortunado pendón de Don Fernando, aquel rey tenido por santo... Llévóle por las calles en medio del regocijo y de las aclamaciones de los ciudadanos el tesorero Luis de Medina..."⁹

También fueron calles y plazas los escenarios obligados de otros acontecimientos más lúgubres; tales, las ejecuciones. Hasta en estos casos se daba la oportunidad de manifestar lujo, trasunto de jerarquía y riqueza.

4. ALONSO DE PALENCIA, *Crónica de Enrique IV*, Introducción de A. Paz y Melia, Madrid, BAE, Dos tomos, p. 197

5. *Ibidem*, p. 224.

6. MOSEN DIEGO DE VALERA, *Memorial de diversas hazañas. Crónica de Enrique IV*, Edición y estudio por Juan de Mata Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1941, p. 131.

7. ALONSO DE PALENCIA, *op. cit.*, p. 156.

8. *Ibidem*, p. 155.

9. *Ibidem*, p. 169.

Ser ahorcado en la plaza, expuesto luego el cadáver a la contemplación pública, era una exhibición humillante. Con esa intención Fernando el Católico dispuso en cierta ocasión que: "...el cadáver (de un bandido ajusticiado), cargado a lomo como un fardo, fuese llevado a la plaza pública, que se le dejase tendido debajo de la horca, y que a voz de pregón se mandase que nadie fuese osado a quitarle de allí antes de la noche...".¹⁰ También resultó humillante la ejecución llevada a cabo en la plaza de Medina, en que fue degollado el amante de Catalina de Sandoval, por orden de un "celoso" Enrique IV.

Los viajeros que recorrían la península en aquellos tiempos, no dejaban de señalar cómo en Vizcaya: "...tienen en cada ciudad algo grande, horcas levantadas en medio de la plaza, y cuando ahorcan a alguno lo dejan tres días colgado y después lo bajan y lo entierran en el cementerio...".¹¹

El mismo autor mencionaba que en Salamanca no dejaba de ser un honor "ciudadano", "...ser ahorcado en medio de la plaza...", ya que "...a los forasteros acostumbraban a ahorcarlos en otra horca que hay fuera del lugar...".¹²

Otra espectacularidad, en cambio, presentaba en 1453 la plaza de Valladolid, cuando fue conducido para ser decapitado en ella, Don Alvaro de Luna, quien durante más de veinte años había manejado los destinos del reino.

El autor de la Crónica del privado de Juan II, mencionaba, tocado de emoción y pena, cómo al llegar el ajusticiado, encontró un cadalso: "...guarnescido y aderezado como convenía por un tal fecho, e tendida en el suelo dél una rica alfombra...".¹³

Ese era el mismo triste y lujoso cadalso, al que aluden los versos que en el "Doctrinal de Privados", coloca el marqués de Santillana en boca del condenado:

.....

¿Que se fizo la moneda
que guardé, para mis daños,

10. *Ibidem*, p. 132.

10'bis. *Ibidem*, p. 45.

11. LEÓN ROSMITHAL en *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta fines del siglo XIV*, Recopilación, traducción, prólogo y notas de J. García Mercadal, Madrid, Aguilar, 1952, p. 271.

12. *Ibidem*, p. 271.

13. CRÓNICA DE DON ALVARO DE LUNA, Edic. Estudio de Juan de Mata Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1940, p. 431.

tantos tiempos, tantos años,
 plata, joyas, oro e seda?
 Ca de todo non me queda
 sinon este cadahalso:
 mundo malo, mundo falso,
 non es quien contigo pueda.¹⁴

.....

y también los de Fray Iñigo de Mendoza en sus "Coplas de Vita Christi":

.....

Estotro también tenía
 sobrado mando y moneda;
 cuanto en el reino decía,
 en aquel son se fazia
 quien Escalona y Maqueda,
 mas todos suponiendo cuando,
 este vuestro mundo falso
 tornó en sueño su mando,
 pregonando, degollando,
 encima de un cadafalço.¹⁵

.....

La contemplación de tan singular ceremonia desde las casas cuyas ventanas daban a la plaza, debió constituir —sin lugar a dudas—, uno de los más preciados "lujos urbanos", como lo acreditaba el citado cronista: "... todos a un son, así hombres como mujeres, los que allí en la plaza eran presentes, e los que estaban en las ventanas de las casas, que en la plaça eran allí cercanas...".¹⁶

También habría de serlo el poder participar de otro tipo de espectáculos desde miradores levantados al efecto. Así se lee en la Crónica de Lucas de Iranzo: "... el señor obispo de Salamanca y todos los otros caualleros y gentes que cada día solían comer, cavalgaron y fueron al mirador que la çibdad tiene fecho en la plaça del arraval...".¹⁷

14. RODRÍGUEZ PUERTOLAS, *op. cit.*, p. 162.

15. *Ibidem*, p. 231.

16. CRÓNICA DE DON ALVARO DE LUNA, *op. cit.*, p. 434.

17. *Hechos del condestable Don Miguel Lucas de Iranzo*. (Crónicas del siglo IX). Edición y estudio de Juan de Mata Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1940, p. 54.

León Rosmithal, en Salamanca, narraba cómo él y sus acompañantes, estuvieron "... en una casa con otros de la ciudad, y desde ella vimos el espectáculo...",¹⁸ que consistió nada menos que en una corrida de toros.

2. *El elemento humano. Organizadores y protagonistas*

María del C. Carlé y un grupo de colaboradoras en un reciente libro sobre la ciudad —indispensable, de ahora en más, para todo aquel que se aboque al estudio de los temas urbanos— mencionan la preocupación municipal por mantener limpias las calles o proveer a su empedrado.¹⁹

Sin embargo, a principios del siglo xvi, Lalaing destacaba refiriéndose a Alcalá de Henares que: "... sus calles están bastante bien pavimentadas a la manera de nuestro país. Pocas ciudades hay en España pavimentadas...".²⁰ Versión que contrastaba con la que algunos años antes León Rosmithal transmitía de Barcelona: "... Barcelona es una ciudad grande y hermosa, y sus plazas tan limpias, que aunque llueva mucho no se ensucian los pies en el lodo, porque todas están empedradas, y la lluvia arrastra las inmundicias y las lleva al mar, pues la ciudad está en la misma orilla...".²¹

Fue esta ciudad famosa por su aseo ya que J. Munzer no dejaba de mencionar como un elemento de particular relevancia, que Barcelona tuviese alcantarillas bajo sus plantas y calles por donde se vertían al mar "... los residuos de las cocinas y las inmundicias de los privados...".²²

¿Comodidades o lujo? Pensamos que resulta muy difícil establecer un límite preciso al respecto. Tal vez, la diferenciación resulte más clara en la obra de Lucas de Iranzo, donde el ornato se integraba, para finalmente primar, sobre lo estrictamente necesario: "Allende de aquesto, siempre andaua mirando y con toda solicitud procurando como la dicha çibdad (Jaen) fuese enoblecida y decorada en todas cosas, mandando labrar y reparar las torres y muros; y en otros lugares haciendo de nuevo, do era menester y allanando las plaças y calles, y haciendo otras muchas lauores y cosas que redundauan en grande utilidad y prouecho y enoblecimiento de la dicha çibdad...".²³

18. LEÓN ROSMITHAL, *op. cit.*, p. 273.

19. CARLÉ, MARÍA DEL C. y otras, *La sociedad hispano medieval. La ciudad*, Buenos Aires, Gedisa, pp. 40-41.

20. LALAING, *op. cit.*, p. 482.

21. LEÓN ROSMITHAL, *op. cit.*, p. 293.

22. MÜNZER, *op. cit.*, p. 203.

23. HECHOS... *op. cit.*, pp. 117 y 118.

Las mejoras urbanísticas respondían a pragmáticas necesidades; no siempre el aspecto de calles y plazas armonizaba con las aspiraciones de grandeza o espectacularidad que se deseaban: "... Notorio es que la plaza de Santa María, do acostumbrauan jugar a las cañas, estaua muy mala y muy áspera, de muchas peñas e piedras en tal manera que muchos cauallos y caualleros cayan e se lisiauan ally. La qual mandó allanar y despedregar de una parte y de otra. E por la más ensanchar, mandó derribar vnas paredes que estauan delante las casas del cabildo, e arrancar unos arboles que estaban allí, por manera que está agora la más llana y la más gentil plaza del mundo..."²⁴

La plaza del arrabal "do van a correr los cauallos" fue limpiada y despedregada, llegando incluso a ordenar el derribo de algunas casas —indemnizando a sus dueños— con el fin de aumentar sus dimensiones.²⁵

Pero existían circunstancias, momentos especiales, en que era posible apreciar todo el esfuerzo de la comunidad integralmente volcada al exterior: las fiestas. Religiosas o profanas, con sus procesiones e interminables cortejos permitían —sin duda— que clérigos, nobles, mercaderes, gentes del común y ¿por qué no? pobladores de las afueras, los "ortelanos de la ciudad", atraídos por el seductor señuelo de la diversión, mostraran —cada uno en su medida— los "lujos callejeros", que eran capaces de imaginar o adquirir para su lucimiento y exhibición.

Pierre Chaunu, ha expuesto recientemente el carácter de "federador social vertical", que la fiesta tuvo en los dominios de la Casa de Borgoña.²⁶

La fama de la etiqueta borgoña, las relaciones económicas entre Flandes y Castilla²⁷ y los consiguientes contactos culturales explicarían sobradamente las analogías en la instrumentación organizada del elemento festivo.

Pero cuando se habla de "lujos callejeros" no debe referirse solamente al que es capaz de ostentar el individuo o la corporación que "callejea", sino también el adorno y aderezo que cual elemento viviente muestra la calle en sí misma. Valgan estos testimonios: en 1463, Lucas de Iranzo "...mandó a limpiar la calle que está a las espaldas do suele correr la sortija, y adereçalla muy bien de muchas alhondras e paños franceses bien ricos, y un dosel de brocado a las espaldas, do avia de cenar, y muy muchas antorchas e faraones por toda la calle y la plaza..."²⁸

24. *Ibidem*, p. 118.

25. *Ibidem*, pp. 119 y 120.

26. CHAUNU, PIERRE, *La España de Carlos V*, Dos tomos. Península, 1976.

27. CARLÉ, MARÍA DEL CARMEN, *Mercaderes en Castilla (1252-1512)*, CHE, XXI y XXII, Buenos Aires, 1954, pp. 146-328).

28. Hechos... *op. cit.*, p. 111.

O el agasajo que las calles de Burgos brindaron a la princesa doña Blanca de Navarra, que en vísperas de su matrimonio con el heredero del trono castellano, concurrió acompañada de su madre: "... donde les fue fecho muy notable rezebimiento, y los caballeros y Regidores de la çibdad salieron todos vestidos en ropas largas de grana morada, forradas de martas que la çibdad les dio, y metieron la primera debaxo un paño de brocado carmesí muy rico...".²⁹

Años más tarde, también la ciudad del Arlanza homenajeó a otros herederos al trono de Castilla —Juana y Felipe el Hermoso—, durante su primer viaje por España: "... Y cuando estuvo dentro, le dieron un palio de paño de oro para que fueran bajo él monseñor y su esposa a lo largo de la ciudad, con multitud de bustos, y estaban las calles entapizadas y adornadas de bustos como hacen en tales casos las ciudades de nuestros países...".³⁰

Pero ninguno igualó el brillo desplegado por Toledo en 1431, con motivo de excepcionales fiestas que atrajeron a buena parte de la realeza peninsular: "... E después, de la puente de Alcántara adelante, por todas las calles derechas fasta la Iglesia mayor, así de cabo de la calle como de otro, todas las paredes e los sobrados estauan colgados paños franceses; muchos paramientos de sarga broslados e colorados. E ésto desde la puerta de la plaza fasta la yglesia mayor, e desde la puente fasta la puerta de la plaça estauan muchos ramos e mucha junçia. E desde la entrada de la calle de Cocodobe fasta la yglesia mayor estaua un cielo de pieças de paño blanco e verde e azul e colorado; e de tal manera era fecho el çielo, que no dava sol en todas las calles. Las quales estavan llenas de muchas gentes de muchas guisas, asy en las puertas como en los sobrados e por ventanas...".³¹

Estas calles así vestidas y adornadas, tenían "algo" de la sala rica de los castillos; eran su trasunto urbano.

Manifestaban en las ciudades y villas del siglo xv, parecida relación a la que el urbanismo madrileño carlostercerista, impondría entre el Paseo del Prado y los salones de los elegantes palacios que lo flanqueaban.

Es indudable que estos adornos y aderezos obedecían a humanas voluntades aplicadas ya en forma colectiva a través de los integrantes del municipio, o de las corporaciones de oficios —especialmente en los territorios de la Corona de Aragón— ya en forma individual como la del Condestable Lucas de Iranzo.

29. *Crónicas de los reyes de Castilla, Crónica de D. Juan II*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1923, p. 566.

30. LALAINO, *op. cit.*, p. 447.

31. *Crónicas del halconero de Juan II*, J. de Mata Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1946, pp. 111 y 112.

Es que en este caso, existió un particular empeño en que la demostración de alegría general, fuese trasunto de adhesión a su persona.

Prudencia política y sagacidad en el hábil manejo de los elementos propios de lo que hoy se denomina "psicología social"... muy necesarios en quien como él despedía un sospechoso tufillo de advenedizo.

En fin, de aparecer como símbolo de la hermandad de poder-riqueza, tan propia del espíritu señorial de la época, estamentalismos aparte.

Ningún elemento de relieve, en la ciudad y sus contornos quedaba al margen de su generosidad en el agasajo desbordante, el liberal obsequio o el demagógico reparto. Su cronista señalaba cómo "... pasada la quaresma y venida la pasqua de Resurrección... mandó a convidar a todos los señores de la yglesia, y a todos los regidores, cavalleros y escuderos y cibdadanos, para que, después de comer... viniesen a su posada a reçeibir el fornazo...".³²

"... La bíspera de la fiesta mandó a repartir por los caualleros e dueñas e monasterios de la dicha çibdad muchos pescados frescos que le troxieron de la çibdad de Sevilla, empanados y en pipotes...".³³

O aún con mayor exageración cuando: "... mandó traer çolación a todos los caualleros y escuderos y otras gentes de muchas gallinas y perdices y cabritos y pasteles y queso fresco y quesadillas y otros frutos de diversas maneras llamadas...".³⁴

O en 1464, cuando ordenó que dos maestresalas "... con los servidores que para ello bastauan, tomando otras cargas de fruta y canastas de pan y muchas redomas y cueros de vino..." fueran "... por las principales calles de la dicha çibdad, dando dello a quantos onbres y mugeres y niños fallauan; por manera que casi toda la gente de la dicha çibdad, o la mayor parte della, se daua çolación...".^{34bis}

Las luces del día prestaban el complemento necesario para que hombres, joyas, telas, cabalgaduras, colores —aquellos colores que diferenciaban, jerarquizaban o humillaban—, lucieran en todo su esplendor.

Refiriéndose a la entrada del Condestable don Alvaro de Luna, en Turuégano, en la Crónica del Halconero, se lee que: "... entró con muchos grandes, así perlados como homes de estado, que serían fasta quatrocientos e cinquenta cabalgaduras... E estos venían tan vien guarnidos, así de sus personas como

32. *Hechos...*, *op. cit.*, p. 63.

33. *Ibidem*, p. 64.

34. *Ibidem*, p. 69.

34. bis *Ibidem*, p. 176.

de cavallos e pajes, que omes que aquellos vieron abía gran tiempo que nunca en Castilla otros tan vien guarnidos vieron. Que todos venían bordados de azeytuny e de argentería: de la manera que ellos venían, asy venían sus pajes. E el condestable venía bien bordado de argentería, e quatro pajes por aquella vía, e quatro cavallos muy grandes e muy fermosos, e muy bien guarnidos a maravilla. E venían delante dél dos negros, que trayan sendos lebreles negros; e el vno traya vn venablo, e el otro traya una lança de Xerez...".³⁵

Estos multitudinarios y brillantes cortejos, debían disminuir notablemente en el número de componentes, sobre todo, —y ello no era nada difícil— cuando quien los presidía, caía en desgracia.

El poeta Gómez Manrique así lo expresaba:

.....

Delos que vas por las calles
en torno todo cercado,
con cirimonias tratado,
no serás mas aguardado
de cuanto tengas que dalles;
que los que por yntereses
te sigúan,
en pronto te dexarian
sy cayeses.

Bién assi como dexaron
al pujante Condestable;
en le siendo variable
esta fortuna mudable,
muchos le desampararon;

..... 35 bis

"...En Jaén, el privado de Enrique IV apareció vestido con un jubón, de muy fina chapería de oro todo cubierto, de muy nueva y discreta manera ordenado, y sobre aquel una ropa de estado en demasia y rofagante, de un carmesí velludo morado, forrada de muy preciadas y valiosas cebellinas, en la

35. *Crónica del halconero*, op. cit., pp. 17 y 18.

35 bis. GÓMEZ MANRIQUE, *Coplas para el señor Diego Arias de Avila, contador mayor del rey nuestro señor, e del su consej* en "Cancionero castellano del siglo XV" ordenado por R. Foulchó Del Box, t. II; Madrid, Nueva Bib. de Aut. Esp., 1915, p. 88.

cabeça un capello negro de muy neua guisa, con un muy rico joyel en el rolo, bordado de muy ricas jemas, con una guarnición de oro de mucho valor en como los ombros, muy bien calçado...".³⁶

Pero ni siquiera las penumbras de la noche lograban disminuir el entusiasmo. En un agasajo con que Lucas de Iranzo homenajéo a unos caballeros moros arribados a Jaén, el cronista destacaba que: "... Y venida la noche... E así movió de su posada y los caualleros moros con él, con muchas antorchas y todas las calles llenas de faraones ardiendo en varas de lanças, que en toda la cibdad no era tiniebra ninguna, seys pares de atabales y muchos tropetas y chirimías y tamborinos... y en las plaças y lugares do avia espacios, sobrevenían muy gentiles momos y personajes, con nuevas ynvenciones, que dançauan e baylauan muy discretamente. E tantas eran las gritas y boçes que la gente daua, y el estruendo de las tronpetas y atabales y otros estormentos, que sonaua la bocería muy lexos de la dicha cibdad... e así andovieron aviendo placeres, fasta que el tardón señaló media noche...".³⁷

Situación poco habitual debió ser en este aspecto la de Valencia, ciudad donde Münzer señalaba que: "... así hombres como mujeres, acostumbran pasear de noche por las calles, en las que hay tanto gentia que se diría estar en una feria, pero con mucho orden, porque allí nadie se mete con el prójimo... Las tiendas de comestibles no se cierran hasta medianoche y, así a cualquier horas puede comprarse en ellas lo que se desee...".

Si se iluminaban las calles, con la finalidad de prolongar los festejos, no debe extrañar que en 1448, en la "sala rica" del castillo de Escalona, "... la claridad era tan grande de las achas por toda la sala, que parecía que fuese de muy claro día; e porque las achas alumbrase mejor, e no empachasen estando baxas, estaban colgadas altas del cielo de la sala por unos filos de arambre assi sotiles, que las calaban a la larga, que parescia que en el ayre se tenían...".³⁸

También el jolgorio dispendioso, con ciertos aires de infantil entretenimiento, encontró en la calle el marco adecuado para su realización. Sin apartarnos de Jaén, y siempre acompañando al Condestable Lucas de Iranzo, léese en la Crónica que: "... púsose él con los regidores y algunos cavalleros en una torre de su posada, y todos los otros por ventanas y corredores, y por la calle. Y en esto vinieron por la calle que viene de la Madalena asaz gentes que para esto estaua ordenada, con un grant castillo de madera, el qual trayan

36. *Hechos... op. cit.*, p. 42.

37. *Hechos... op. cit.*, p. 110.

37 bis. MÜNZER, *op. cit.*, p. 344.

38. *Crónica de Don Alvaro de Luna, op. cit.*, p. 221.

cuatro ruedas de carros, y encima ciertos hombres con paveses... Y llegados delante de su posada començose vn combate de huevos entre los del castillo y los que estauan en la ya dicha torre y corredores y calles que no era sino placer mirallo. Do verdaderamente creo se gastaron allende de nueve o diez mill huevos... y después que un grant rato pasaron en esto ficieron colación con huevos cocidos y quesos frescos...".³⁹

Más allá de la conclusión que se impone en primer término, la abundancia y baratura de los huevos, ya señalada por Ma. del C. Carlé en su art. "Alimentación y Abastecimiento",⁴⁰ la escena revelaba el derroche, la demasia y el exceso en el que eran capaces de incurrir.

Siempre que evocamos este relato, lo asociamos al recuerdo de los versos satíricos o moralizantes de algunos poetas de la época.

Dentro de la amplia gama de las debilidades humanas, también la vanidad, que requiere su adecuada "mise-en-scene", la halló pues en las calles.

Resulta oportuno, a este efecto, traer a colación unos párrafos del Arcipreste de Talavera: recordando que el "sobervio e orgulloso", por ellas desfilaría: "...muy estirado sobre su silla, estrechamente ceñido, tiesto, yerto como palo, las piernas muy estendidas, trochando los pies en los estribos, en bota o el çapato muy engrasado, la mano en el costado, con gran byrrete italiano, o sobrero como diadema, alvarcando toda la calle con su cavallo trotón...".⁴¹

El mismo autor subraya la naturaleza del fingimiento femenino, que se molestaba, en apariencia, cuando se topaban con aquellos que "...las miran e por ellas suspiran o dellas fablan...", pero que en realidad no esperaban otra cosa, ya que habían solicitado en préstamo cada prenda de su atavío a todas y cada una de sus parientas y amigas, resultando así que: "...muchas destas van por la calle arreadas, que quando tornan a casa e han tornado a cada qual lo suyo, quedan con ropas de asy a tanda, raydas, e descosydas, llenas de suzyedad e mal aparejadas...".⁴²

Varios párrafos de los transcritos, han puesto en evidencia el interés por mantener en buen estado o ampliar las dimensiones de las plazas. Es que aquellas fueron también el ámbito elegido para la celebración de justas, torneos, juegos de cañas y corridas de toros.

39. *Hechos...*, *op. cit.*, pp. 63 y 64.

40. CARLÉ, MARÍA DEL C., *Alimentación y Abastecimiento*, CHE, Buenos Aires, 1977.

41. ALONSO MARTÍNEZ DE TOLEDO, *Arcipreste de Talavera o Corbacho*, Edic. J. González Muela, Madrid, Castalia, 1970, p. 103.

42. *Ibidem*, p. 161.

En ellas, además de todo lo concerniente al adiestramiento físico de cada uno de los contendores, importaba también lo relativo a la decoración, en cuya realización tanto los organizadores como los tramoyistas a su servicio, hacían gala de su capacidad inventiva y de su ingenio.

Pero la importancia y amplitud del tema, desborda los límites previstos para el presente trabajo y su tratamiento *in extenso*, se reserva para una obra en preparación, como parte del capítulo dedicado a las diversiones nobiliarias.

MIGUEL A. BARBERO